

ensueños de futura gloria. Y aquellos aplausos eran justos, y Adelaida no se quedaba atrás en aplaudir con el mayor entusiasmo, mientras el viejo abogado Corneille en lugar de unir su voz á las mil voces que proclamaban el talento del nuevo autor, fruncía de tiempo en tiempo las cejas, y se agitaba violentamente sobre su silla. Casi á cada minuto la esposa del abogado Corneille preguntaba con la vista á su marido, y todas aquellas mudas preguntas no recibían mas contestacion que un ligero movimiento de hombros. Véase pues que el abogado Corneille no se hallaba satisfecho: si se hubiese atrevido delante de tantos testigos á manifestar su disgusto de seguro que hubiera recibido una demostracion contraria. Al final de la representacion se calmó un poco su rostro, al ver que el suceso era prodigioso. Algunos minutos despues la multitud se empeñó en pedir el nombre del autor cuyo drama acababan de ver representar en el juego de pelota. Entonces salió uno de los actores, y anunció que el autor queria guardar el incógnito. Al mismo tiempo salía un jóven del teatro por una puerta opuesta á la destinada á los espectadores. Marchábase á su casa, satisfecho su corazon, pero entristecido porque no sabia como seria recibido de sus padres. Llevaba la cabeza baja, casi vergonzoso de aquel triunfo, y sin embargo era demasiado altivo para arrepentirse de él. Aquel jóven era el autor de la pieza que habia saludado con sus aplausos toda la ciudad de Rouen. Cuando entró en su casa recibió el abrazo de su madre, y despues se arrojó en los brazos de su padre vertiendo lágrimas de satisfaccion y de alegría. Luego que se enjugaron sus ojos, y llegó la hora de descansar despues de un día de tantas emociones, estrechó la mano de su hijo, y le dijo:

—Pues que tú lo quieres, sé poeta: y al mismo tiempo lanzó un suspiro. Continúa tan bello principio: yo estaba lleno de rabia, empero tu comedia me causaba placer, y es preciso que sea muy buena, porque te juro que era á pesar mío el gustarme.

Al día siguiente volvíase á representar la misma comedia, y entonces sobre los carteles escribieron los cómicos en letras gordas: «*Mellita, comedia en cinco actos y en verso por el señor Pedro Corneille.*»

Desde entonces Corneille se dedicó á la realizacion de sus ensueños con una perseverancia y con un valor que venció todas las contrariedades y todas las pruebas. Señalado por el dedo de Dios el camino que tenia que recorrer, aquel sublime jóven marchó en medio de los obstáculos, de la envidia y de los celos de los grandes, de los elamores insultantes de sus iguales; y al través de todo esto llegó al fin de su camino, sublime anciano, y á pesar de todo es aun, y lo será siempre, el gran Corneille.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

## CREENCIAS POPULARES DE LA EDAD MEDIA.

### LA DANZA DE LA MUERTE.

La literatura, lo mismo que la pintura de la edad media, cuenta en casi todos los paises de Europa con nume-

SEGUNDA SERIE. — 1860.

rosas producciones que representan ó describen una ficcion poética muy popularizada, y de la que no se conoce con toda exactitud su origen. Esta ficcion consiste en llamar la *Muerte* á las personas de todas clases y estados, haciéndoles tomar parte, mal que les pese, en una danza en que se ven mezclados con los reyes, el papa, los cardenales, los obispos, los caballeros, etc., las damas, las doncellas, los niños, los labradores, los comerciantes, los letrados, los eschuderos y cuantas condiciones de hombres existían en aquellos tiempos.

Si esta ficcion y la creencia en la realidad de esta danza fantástica que se admitió durante la edad media, nacieron de la horrible mortandad que ocasionó en 1346 y siguientes años la famosa epidemia llamada la gran peste negra; ó si bien tuvieron origen en el celo del clero y aun de los artistas á quienes este encomendaba sus obras, para recordar la fragilidad de la vida y la necesidad indispensable de morir, son puntos que no pueden decidirse. Lo cierto es que lo mismo en las paredes de los templos y en los cementerios que en los claustros, los arcos y los puentes cubiertos, sobre todo en Alemania, existen vestigios mas ó menos completos y bien conservados de semejantes pinturas. En Francia ya casi no queda mas que restos de un fresco que representaba una danza de la muerte, en la iglesia de la Chaise-Dieu, en Auvernia. Carlos Nodier, en su viage por la Francia antigua, la encontró casi destruida. En el templo nuevo de Strasburgo creemos existe otra de estas pinturas, pero las que son mas conocidas son las de Dresde, de 1534; la de Berna, de 1515; la de Anneberg, de 1525; la de Basilea, la de Leipsick y la del puente de Lucerna.

La de Basilea, atribuida generalmente al célebre pintor Holbein, que fué comenzada en 1441 y terminada en 1443, siendo así que aquel artista no nació hasta 1498, es la que de mayor fama ha gozado, si no por el mérito de la ejecucion, al menos por el número y diversidad de los asuntos que forman cuarenta y una escenas ó episodios distintos. En ellos aparecen todas las profesiones acompañadas ó empujadas por la Muerte hácia su palacio, en donde los esqueletos las reciben al son de tamboriles y flautas.

La mas antigua de estas estrafias pinturas, que á veces tenían sesenta y ochenta pies de estension, por doce ó veinte de altura, se cree ser la de Minden, en Westfalia, cuya fecha se remonta al año de 1383.

Respecto de las producciones literarias que tienen por asunto la *Danza de la Muerte*, son numerosas. No nos detendremos en hacerlas conocer una por una á nuestros lectores, ni mucho menos nos ocuparemos de las estrangeras, cuando no disponemos de espacio, y porque sobre todo poseemos en España algunas que son sumamente apropiadas para dar una idea de este género de literatura y de las creencias populares de la edad media relativas al mismo asunto. Sirva de ejemplo la primitiva, la mas antigua *danza de la muerte* que se conoce en España, pues despues se hicieron de ella variaciones y aun se la aumentó. Debíó ser escrita durante el siglo XIV, y se atribuye al rabi don Sen Tob, probablemente solo porque tiene otras poesías al parecer coetáneas al poema que nos ocupa.

La *Danza de la Muerte* castellana «se da á conocer, dijimos cuando la publicamos en París en 1856, por su carácter tétrico y sombrío. Sus pensamientos son pintorescos y animados, aunque horribles en el fondo, pero sus

AÑO XVIII 24



versos sueltos y libres no dejan de tener grata armonía (1).» El autor finge que la Muerte llama á todas las criaturas del mundo, preguntando al hombre por qué cuida tanto de una vida que tan presto se ha de acabar; le dice no olvide que con su arco dispara mortal flecha á quien le place; que es locura manifiesta creer que los demás morirán y no uno mismo; que á pesar de que el hombre sea mancebo ó anciano, ella, la Muerte, no está lejos, y se le llevará consigo tal como le encuentre; finalmente, que puesto que todos los hombres han de morir sin saber cuándo, es muy conveniente hagan penitencia. El autor da luego un *bueno é sano consejo*, diciendo:

Señores punad en faser buenas obras  
non vos fiedes en altos estados  
que non vos valdran thesoros nin doblas  
a la muerte que tiene sus lasos parados  
gemid vuestras culpas desid los pecados  
en quanto podades con satisfacion  
sy queredes aver cumplido perdon  
de aquel que perdona los yerros pasados.

Fased lo que digo non vos detardedes  
que ya la muerte encomienza a hordenar  
vna danza esquiva de que non podedes  
por cosa ninguna que sea escapar.  
A la qual dise que quiere leuar  
a todos nosotros lanzando sus redes  
abrid las orejas que agora oyredes  
de su charambela vn triste cantar.

Primeramente llama á su danza á dos doncellas con muy patéticos acentos; luego al Santo Padre, porque es muy alto señor que no existe otro como él en el mundo, por lo que la Muerte le declara *guiador* de la funesta danza. Inmediatamente siguen el emperador, el cardenal, el rey, el patriarca, el duque, el arzobispo, el condestable, el obispo, el caballero, el abad, el escudero y el dean, llamando luego al mercader, que como los anteriores y los que le siguen se escusan lo mejor que pueden de tomar parte en el baile. Hé aquí las razones que da el mercader:

A quien dexare todas mis riquezas  
e mercaderías que traygo en la mar  
con muchos trasposos e mas sotilesas  
gane lo que tengo en cada lugar  
agora la muerte vino me llamar  
que sera de mí non se que me faga  
o muerte tu sierra á mí es grand plaga  
adios mercaderos que voyme á fynar.

#### DISE LA MUERTE.

De oy mas non curedes de pasar en Flandes  
estad aqui quedo e yredes ver  
la tienda que traygo de buvas y landres  
de gracia las do non las quiero bender

(1) *La Danza de la Muerte*, poema castellano del siglo XIV, enriquecido con un preámbulo, facsimile y explicación de las voces más anticuadas, publicado enteramente conforme con el código original, por don Florencio Janer.

vna sola dellas vos fara caer  
de palmas en tierra en mi botica  
e en ella entraredes maguer sea chica  
e vos arcediano venid al tañer.

#### DISE EL ARCEDIANO.

O mundo bil malo e fallestcedero  
como me engañaste con tu promisyon  
prometiste me vida de ty non la espero  
syempre mentiste en toda sason  
faga quien quisiere la besytacion  
de mi arcedianasgo por que trabaje  
ayde mi cuytado grand cargo tome  
agora lo syento que fasta aqui non.

#### DISE LA MUERTE.

Arcediano amigo quitad el bonete  
venit á la danza suave e onesto  
ca quien en el mundo sus amores mete  
el mismo le fase venir á todo esto  
vuestra dignidad segund dise el testo  
es cura de animas e daredes cuenta  
sy mal las registes abredes afuerta  
danzad abogado dejad el Dixesto.

Después del abogado, llama la Muerte al canónigo, al físico, al cura, al labrador, al monje, al usurero, al fraile, al portero, al ermitaño, al contador, al diácono, al recaudador, al subdiácono, al sacristan, al rabí, al alfaquí, al santero, y por último á *todos los que han de pasar por la muerte* y no se nombran.

Pero ¡cosa rara! así como la Muerte trata con dureza á toda clase de personas, al llamarlas por el orden que hemos espuesto para tomar parte en la danza postrera; al monje le llama, sino con dulzura, al menos con templanza, diciéndole que venga á tomar *buen estrena*. Y así como todos se lamentan ó se escusan, solo el monje aplaude el trance y se alegra. Hé aquí lo que contesta al llamamiento de la Muerte:

Loor e alabanza sea para siempre  
al alto Señor que con piedad me lieua  
á su santo Reyno a donde contemple  
por siempre jamas la su magestad  
de carcel oscura vengo a claridad  
donde abre alegría syn otra tristura  
por poco trabajo abre grand folgura  
muerte non me espanto de tu fealdad.

¿Seria monje el autor de la *Danza de la Muerte* española, que de fijo no se sabe á quien deba atribuirse?

JANER.

#### ANECDOTAS HISTORICAS DE FELIPE V.

A la muerte de Carlos II se estingue la dinastía austriaca en España, y después de una larga guerra de sucesion vie-



ne á ocupar el trono de esta poderosa monarquía la casa de Borbon, siendo Felipe V duque de Anjou, nieto de Luis XIV, el destinado para comenzar en ella una nueva dinastía, perpetuada hasta el día en la persona de la reina Isabel II, que rige los destinos del país.

El duque Felipe de Anjou se hallaba destinado á una vida tranquila y dulce. Hubiera gozado de todas las felicidades de la vida íntima y particular, si no hubiera sido nieto de Luis XIV, hermano segundo del delfín, y para colmo de desgracia suya rey de España á los diez y siete años.

Se hallaba, como dice el marqués de San Simon, en la flor de su edad; era bien hecho, rubio como el difunto rey Carlos y la reina su abuela; grave, silencioso, mesurado, contenido, lo mas propio para venir á gobernar á los españoles. Con esto y los conocimientos que tenia no tardó en captarse la benevolencia de todos. Se quitaba el sombrero á todo el mundo, y procuró conformarse á los usos y costumbres de la nación á cuyo trono le obligó á subir su abuelo.

Desde la infancia el duque de Anjou, hermano de un delfín violento é impetuoso, habia sido educado en una su misión muy precisa para establecer la tranquilidad en la familia real.

La razon de estado, ley suprema, le habia empujado y rebajado. (En estas espresiones se conoce el estilo de San Simon.)

Su educacion le acostumbró á no pensar ni producir nada, y á dejarse manejar hasta tal punto que con un reconocido talento y una espresion lenta, pero justa y en buenos términos, era lo que se llamaba un príncipe hecho espresamente para estar encerrado en su palacio y ser gobernado.

En este estado se hallaban las cosas cuando la muerte de Carlos II vino á cambiar todas las miras de Luis XIV sobre su nieto. Criado en la sujecion «para ser súbdito,» el duque de Anjou debia de repente convertirse en un rey de España. Era, pues, preciso dar las garras del leon al cordero de la corte de Versalles.

El martes, 16 de noviembre del año de 1700, en una hermosa mañana del verano de San Martin se hallaban jugando y hablando al sol en una galeria del palacio de Versalles dos jóvenes.

Los dos jóvenes hablaban de sus sueños del porvenir. Eran el duque de Berry, que parecia por entonces llamado al trono de Francia, y el duque de Anjou, rebajado con tanto cuidado para vivir en la vida privada.

—Cuando yo sea rey, decia el hijo mayor del delfín, haré ensanchar todavía mas á Versalles; tendré una corte numerosa y lucida como mi abuelo, y atravesaré la Europa á la cabeza de mis ejércitos.

—Y yo, decia Felipe de Anjou, cuando sea dueño de mis acciones elegiré la casita mas pequeña de mi patrimonio real; me instalaré en ella con algunos amigos sin corte ni etiqueta. Allí trabajaré de jardinero, y cazaré; tendré libros para los dias de lluvia; una partida de faraon por la noche; una muger distante como yo del fausto y del ruido, y niños que colocaré sobre mis rodillas, á los que haré fiestas y enseñaré á leer en las fábulas de La Fontaine. Y cuando tú quieras, hermano mio, contemplar la imagen de la verdadera felicidad, vendrás sin comitiva ni etiqueta á comer conmigo en familia.

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, un gentil-hombre del rey, con grande uniforme, vino á buscarle solemnemente de parte de Luis XIV. Pusiéronle un vestido de paño de oro y lo llevaron al cuarto de S. M., el que todavia se enseña y admira en el Museo de Versalles.

Allí pasó la escena siguiente descrita por San Simon, y que ha inmortalizado el pincel de Gerard.

Siendo muy numerosa la corte, el rey al salir de vestirse hizo entrar al embajador de España en su gabinete, donde el duque de Anjou habia sido llamado anticipadamente. Luis XIV, señalando con la mano su nieto al embajador, le dijo que podia saludarle como á su rey. Inmediatamente el embajador se puso de rodillas, segun el uso español, y cumplimentó en un largo discurso al duque de Anjou en este idioma. El rey le dijo que éste no entendia todavia el español, y que á él le tocaba responder por su nieto.

Inmediatamente despues Luis XIV hizo, contra su costumbre, abrir las dos hojas de la puerta de su gabinete, y mandó á la muchedumbre que se hallaba en las antesalas que entrase libremente. Despues, echando magestuosamente la vista sobre aquella numerosa corte:

—Señores, les dijo señalando al duque de Anjou, ved aquí al rey de España. El nacimiento le llamaba á esta corona. El difunto rey Carlos II le ha llamado tambien por su testamento; toda la nacion lo ha deseado y me lo ha pedido con instancia. No he podido resistirme á la orden del cielo, y he accedido á su demanda con placer.

Y volviéndose hácia su nieto:

—Sed en lo sucesivo buen español, añadió; ese es ahora vuestro primer deber; empero, acordaos despues que habeis nacido francés para mantener la concordia entre los dos pueblos: es el único modo de hacerlos felices y conservar la paz de Europa. Por último, señalando con el dedo el duque de Anjou al embajador:

—Si sigue mis consejos, le dijo, pronto sereis Grande de España, lo mejor que puede hacer es seguir vuestras inspiraciones.

Pasadas las primeras felicitaciones, continúa San Simon, los otros dos hijos de Francia llegaron, y todos tres se abrazaron tiernamente diversas veces con lágrimas en los ojos. El duque de Anjou lloraba sobre todo ¡ay! despertándose de un tan bello sueño tan pronto para sus disposiciones é inclinaciones.

Una hora despues, todavia aturrido con aquel gran suceso, sin ver ni oír nada, se dejó llevar á la misa al oratorio de la capilla real. Luis XIV lo colocó á su derecha en la tribuna, en donde de ordinario S. M. solo tenia un almohadon encima de una banqueta. No hallando allí mas que aquel almohadon, lo cogió el rey Luis XIV y lo presentó al rey de España, el cual no habiendo querido aceptarlo, lo echaron á un lado, y los dos reyes oyeron la misa sin almohadon. En lo sucesivo se pusieron siempre dos almohadones en la tribuna.

Al volver de la misa Luis XIV se detuvo en la alcoba de la sala grande, y dijo al rey de España que en adelante aquella sería la suya. Allí durmió en efecto desde aquella misma noche, y recibió su corte al levantarse. Habiéndose quedado por último solo, miró en derredor de sí disipados sus bellos sueños de su casa y felicidad doméstica, y se echó á llorar.



Quince días despues tomó el cordero el camino de la carnicería. Felipe V se fué á Madrid con una corte y una escolta digna de S. M.

Despues lo casaron, sin consultarle siquiera, en interés de las dos naciones; con la hija segunda del duque de Saboya, hermana de la duquesa de Borgoña. Despues de la muerte de esta le hicieron casarse, siempre sin tomar su consentimiento y por la misma razon, con Isabel Farnesio, princesa de Parma. En cambio le dieron sucesivamente dos personas encargadas de gobernar en su lugar: primero la princesa de los Ursinos, amiga de madama de Maintenon, y despues al famoso cardenal Alberoni, que le redujo al estado de un esclavo coronado. Un simple detalle hará juzgar de la felicidad de Felipe V en su primer matrimonio, y de su libertad en medio de la etiqueta española.

Al llegar á Figueras, dice San Simon, el obispo diocesano casó al rey y á la reina con poca ceremonia, y un poco despues se pusieron á la mesa para cenar, servidos por la princesa de los Ursinos y por las damas de palacio, mitad con manjares de la cocina francesa, y mitad de la cocina española, á la que los dos esposos tenían igual horror. Desagradó esta mescolanza á las damas de Castilla y á muchos señores, con quienes se compusieron para producir un escándalo.

Con un pretexto ú otro, sobre si el pescado frio ó caliente se echaba en los platos como no debía echarse, ó sobre la poca destreza con que estaban presentados, ningun manjar francés pudo llegar á la mesa, y todos ellos se perdieron por el camino, mientras que los platos españoles fueron todos servidos sin tropiezo. Las damas de honor se rieron y gozaron mucho. La princesa de los Ursinos no dijo una palabra, y el rey y la reina se quedaron en ayunas.

Despues de esta fatal comida, se puso malo Felipe V, y su muger se puso á llorar amargamente, queriendo á toda fuerza, dice el historiador San Simon, volverse á Saboya, los que pasaron sin verse los tres primeros dias de su matrimonio.

El fin fué digno del principio. Habiéndose muerto la reina de viruelas á la flor de su edad, Felipe V la lloró. Obligáronle á ir á caza para tomar el aire: hallábase en uno de estos paseos cuando trasportaban el cuerpo al Escorial. «Miró la comitiva, la siguió con los ojos, y continuó su cacería!»

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

## EL FINGIDO OBISPO GRIEGO.

EL SOLDADO DE ARTILLERIA, FRANCISCO CAMACHO.

CAUSA CELEBRE.

(1708).

Cuando á la muerte de Carlos II se suscitó en España una terrible guerra de sucesion, en que tomaron parte varias naciones para decidir si el trono habia de permanecer en la casa de Austria, ó salir para siempre de sus manos, el archiduque Carlos y Felipe de Anjou vinieron á combatir personalmente y á medir sus armas en la Península.

Varia fué la suerte de la guerra en los muchos años que duró esta pretension al trono, que se decidió por la gloriosa batalla de Almansa y de Brihuega, en que quedaron victoriosas las armas del Pretendiente francés.

En la noche de la batalla de Brihuega, despues de haber derrotado á los austriacos, se retiraron los franceses. Era una noche oscura y lluviosa: en lo alto de una montaña se hicieron fogatas, que servian como de faro á los que se habian extraviado para acudir á unirse á sus regimientos. Uno de los regimientos españoles que tomaron parte en esta memorable batalla fué el de Triana. Habia entrado en él por haberle tocado la suerte en las quintas en 1702 un soldado llamado Francisco Camacho, natural de Manzanilla en la provincia de Toledo. Mandaba la compañía de granaderos de aquel regimiento don José Cano y Aguilar, uno de los mas bizarros oficiales del ejército español. Para evitar el extravío de los soldados y el desorden inseparable despues de una gran victoria, se mandó que á la mañana siguiente las compañías de granaderos de los regimientos españoles fuesen con sus oficiales á reconocer el campo de batalla, á ver si habia algun soldado ú oficial que poder recoger y mandar á los hospitales. Para conservar el orden mandó por bando, imponiendo pena de la vida el general en jefe, que durante el despojo que se iba á hacer de los cadáveres no se promoviesen disensiones ni disputas entre las tropas, y para esto se señaló diversas horas á fin de que todos gozasen del botín. Las compañías de granaderos debian ir á las nueve de la mañana, y retiradas estos los oficiales y fusileros de nueve á diez, y así sucesivamente la caballería y demas.

El soldado Francisco Camacho se habia dedicado al despojo segun le habia parecido conveniente, y hecho su botín se habia retrasado un poco del resto de su compañía, efecto de lo cargado que venia. Habiendo pasado un arroyo vió muy cerca y junto al agua un macho muerto de una bala de artillería. Aquel macho estaba cargado con dos baules nuevos. El soldado al verse solo, y que aquella acémila no habia sido descubierta hasta entonces por ninguno, trató de registrarla; sacó una hachuela; cortó la reata de ambos lados, y cada uno de los cofres cayó por el suyo. Despues á falta de llaves, valiéndose de la misma hachuela, descerrajó uno de los cofres y quedó admirado al verle cubierto de un tafetan morado. Lo alzó, y descubrió unos riquísimos ornamentos de decir misa; dos mitras, una blanca y otra morada, y un báculo pastoral en dos pedazos, el uno con su rosea y el otro con su tornillo: halló tambien un traje completo de obispo, y sobre todo en una cajita de poco mas de una cuarta un anillo y un pectoral, ambas alhajas de mucho valor y de exquisito gusto, y en una cartera de tela de color de fuego habia varios papeles y pergaminos. El soldado, al ver aquel rico botín, muy superior al que él habia podido adquirir en el registro y despojo de los varios cadáveres, vació su morral, aunque lo traía lleno, y metió en él todas las alhajas de que hemos hablado. Quedaba todavia por ver el otro baul; fracturó la cerradura y lo halló lleno de plata labrada y de riquísimas alhajas; metió en el morral y en los bolsillos cuanto pudo, y cuando ya iba á retirarse llegó cerca de él otro granadero de su misma compañía, y este acabó de recoger la plata que aquel no podia llevar sobre sí, y se restituyeron al campamento.



Después de haberse despojado el campo y dado las disposiciones necesarias para enterrar los muchos cadáveres de una y otra parte que habían quedado en aquella terrible acción, se dió orden de que cada batallón marchase á los cuarteles de donde había salido. El regimiento de Triana fué á Fuente la Higuera, donde había permanecido por espacio de quince meses.

Fué alojado el soldado en casa de una muger del pueblo. Tenía esta un hermano religioso, el que como habían hecho entonces muchos frailes y eclesiásticos, había salido á campaña á formar una guerrilla, y con ella molestar á los partidarios de Felipe V, porque se había decidido por el archiduque que pretendía el trono de España bajo el nombre de Carlos III. Los guerrilleros protegidos por los pueblos atacaban de improviso á los franceses, y desaparecían después para comenzar de nuevo sus expediciones. En el ínterin venían con sigilo á los pueblos, y aun allí permanecían ocultos viviendo entre las tropas de Felipe V.

El fraile, hermano de la patrona del soldado Francisco Camacho, vino en una de aquellas noches, y habiéndole manifestado éste la buena presa que había hecho después de la batalla de Brihuega, y de haberle enseñado los vestidos, ornamentos, plata y papeles, quiso que éste le diera su parecer sobre lo que debía de hacer con aquello, porque lo tenía por hombre de gran prudencia y de juicio, y antes de salir á capitán de miqueletes ó guerrilleros había obtenido en su orden de Santo Domingo altos y elevados puestos. Examinó el fraile detenidamente los vestidos; admiró las alhajas, pero sobre todo quedó altamente sorprendido al reconocer los papeles y ver que eran el título de un obispo griego, y una bula en toda forma de Su Santidad que le nombraba por su delegado especial en España con autorización de visitar las iglesias é inquirir la vida de los eclesiásticos, castigarlos y multarlos á su discreción. El religioso comprendió desde luego que allí había una inmensa mina que explotar, y propuso con grande artificio y cautela al soldado el medio de enriquecerse con el auxilio de otro religioso compañero suyo, ofreciendo instruirlo perfectamente en lo que debería hacer, porque en el estado de anarquía y de revuelta en que se hallaba entonces la España les sería muy fácil el juntar en poco tiempo muchos millones, y con ellos retirarse á Ginebra á partir allí la moneda, yendo después cada uno al punto que le acomodase.

Vaciló el soldado ante una empresa tan colosal, tan superior á las fuerzas de un hombre poco instruido, y dijo que se tomaría tiempo para ver lo que había de hacer. Cuatro días hacía que se hallaba batallando indeciso de lo que había de resolver el pobre soldado, cuando hallándose durmiendo tranquilamente en su cama se vió rodeado de treinta miqueletes de los de la partida del religioso, el cual le mandó que le siguiese. No solamente creyó que iban á quitarle la plata que con tanta imprudencia había enseñado al jefe de las guerrillas, sino que creyó que también le quitarían la vida. En vano preguntó al fraile á donde se dirigía: apenas lo vistieron, recogieron los ornamentos, la plata, y lo colocaron todo favorecidos de la oscuridad de la noche sobre un macho. Caminaron así casi toda la noche, y al amanecer se encontraron en una montaña en donde había gran número de guerrilleros que obedecían como su jefe al fraile de Santo Domingo. No daba ya un cuarto por su vida

el soldado y comenzaba á encomendarse fervorosamente al Señor esperando la muerte de un momento á otro, cuando vió que lejos de hacerle mal alguno le dieron un almuerzo escelente y propusieron dirigirse á un punto para enseñarle las ceremonias de la misa y todas las demás ritualidades que debe de saber un obispo para el ejercicio de su sagrado ministerio. Todos á porfía le servían; todos se esforzaban en agradarle, y así pasaron á un pueblo de Gascuña en la raya de Francia, en donde habiéndose disuelto la mayor parte de las gentes de la partida quedaron solos los dos religiosos, y en diez y seis meses que estuvieron en aquel punto, le enseñaron todas las ceremonias de la misa, y todo lo que se necesitaba para la administración del sacramento, de la Confirmación y del Orden, y lo que debía practicar en la visita de las iglesias y sagrarios. Diéronse tan buena maña los dos religiosos que eran personas instruidas, y el soldado aprendió de tal modo las funciones del episcopado que es seguro que el mismo Sumo Pontífice y todo el sacro colegio le hubieran creído y tenido por obispo. Ya completamente instruido, le propusieron los religiosos que se cortase el labio de arriba, por ser una señal anotada como particular entre los papeles del obispo griego. El soldado resuelto ya á llevar adelante su temeraria empresa, y habituado además al regalo y comodidades y á los signos exteriores de respeto que le profesaban los religiosos y cuantos á él se llegaban, consintió en ello, y dejó hacerse una herida en el labio, de que en breve se puso bueno por medio de un ungüento que los mismos religiosos le aplicaron, y habiendo dejado crecer la barba, la perilla y los bigotes en la forma que los mismos religiosos le enseñaron, quedó completamente transformado en el arzobispo de cuyos papeles se había apoderado, y cuya persona iba desde entonces á sustituir.

Determinaron los religiosos dar principio á la farsa que había de hacerlos ricos, y se decidieron á hacer su entrada en España, para lo que compraron una litera y un coche. De la misma partida de los miqueletes formaron una crecida comitiva para el arzobispo haciendo uno de mayordomo, y condecorándose á sí propio con el hábito de Alcántara, y además otros siete criados, cuatro de escaleras abajo, y tres pages. A todos los vistieron ricamente y se pusieron en marcha, acompañando al obispo los frailes con sus hábitos en la litera, y ocupando los pages el coche. El mayordomo iba delante á caballo acompañado de un correo y llevaba los títulos y las bulas de Su Santidad. Llegaron á Pamplona, á donde comunicaron anticipadamente su ida, y el obispo de aquella diócesis con el cabildo salieron á recibirlos. Llegóse el obispo á la litera, y los frailes corrieron la vidriera. Sacó entonces el soldado la mano y les echó la bendición. El obispo de Pamplona volvió á tomar su coche, llevándose consigo á los dos frailes que eran los colegas perpétuos de Camacho.

Entraron en la ciudad, y fué toda la comitiva por entre una inmensa muchedumbre á apearse en la puerta de la catedral que llaman de La Seo, donde poniéndose el obispo de Pamplona al frente de su cabildo recibió con cruz levantada y palio al supuesto arzobispo. Entró éste en la iglesia donde se hallaba de manifiesto el Santísimo Sacramento; se postró delante del altar, hizo la oración y ejecutó todas las ceremonias que en semejantes casos se requieren para la recepción de los legados de los papas. Salió de la iglesia y se fué á descansar al palacio del obispo con grande acom-



pañamiento. Permaneció en Pamplona ocho dias dando el sacramento del Orden y el de la Confirmacion. Asombrados los frailes de ver lo bien que ejercia el soldado las funciones de arzobispo, y tranquilos al ver su despejo y que parecia que toda la vida habia estado ejerciendo su sagrado ministerio, determinaron comenzar la visita en las iglesias y en los conventos.

Comenzó la visita por la catedral en la que encontró algunas cosas que reparar y corregir; y como el alma del negocio era hacer dinero echó por los defectos que encontró una multa de mil ducados de plata para la cámara de Su Santidad. Recibió el supuesto legado algunos memoriales contra varios canónigos que vivian amancebados, y los que para eximirse del rigor del castigo en que habian incurrido por su desarreglada conducta, ademas de haberse valido de grandes empeños, pagaron con gusto algunas multas que les echó, dándose por muy satisfechos de que la cosa quedase en esto. Asi es que apenas el supuesto arzobispo echaba una multa cuando inmediatamente se apresuraban los castigados á enviar el dinero á su casa, y aun muy agradecidos.

Lo bien que habia salido el ensayo hecho en Pamplona, determinó á los frailes á continuar aquella vida que les prometia montes de oro. En efecto, salió de Pamplona el supuesto arzobispo con grande acompañamiento del obispo y del cabildo, y además los grandes señores de mas distincion, los que siguieron sus carruages hasta dos leguas de distancia, recibiendo en cambio de los homenajes de respeto y consideracion que le tributaban, la bendicion apostólica que con grave magestad les echaba el soldado Francisco Camacho.

Determinaron proseguir su viage y llegaron á Jaca, donde no solo tuvieron el mismo recibimiento que en Pamplona, sino que el gobernador de la plaza don Pedro Bico y el coronel don Pedro de Vargas salieron á su encuentro, formando las tropas para que hiciese su solemne entrada. Allí cayó enfermo el supuesto arzobispo, el que despues de haber resistido en los campos de batalla la intemperie, en la vida de regalo y de comodidades que llevaba se puso indispuerto por el rigor del invierno, aun cuando caminaba en litera, porque la nieve y el frio le causaron un fuerte constipado. Echó diversas multas con que aumentó su peculio, y cediendo á pesar de hallarse indispuerto á las repetidas súplicas de la ciudad y del cabildo administró órdenes, y pasó á algunos lugares de la montaña á confirmar, por haber muchos años que carecian los fieles de este sacramento.

Por todas partes era perfectamente recibido y obsequiado, recibiendo memoriales para concesion de gracias de las reservadas al Pontífice, las cuales otorgaba el soldado recibiendo en cambio regalos y crecidas limosnas.

Determinó entonces dirigirse á Zaragoza, y á punto estuvo de desbaratarse esta atrevida trama en una aldea, en la que salieron, como en todas partes, á recibirlos los curas y la gente principal del lugar; pero daba la casualidad de hallarse allí de tránsito la compañía en donde habia sido granadero el supuesto arzobispo, y que se hallaba allí á la cobranza de un impuesto. No se inmutó á la vista de sus antiguos camaradas, los que no es fácil tratasen de reconocer en un príncipe de la Iglesia y legado del Sumo Pontífice á su antiguo compañero.

Echóles éste á todos con la mayor gravedad la bendi-

cion apostólica, que recibieron muy contritos, y al dia siguiente toda la compañía salió escoltando el coche del legado pontificio hasta el puente de Zaragoza. Al despedirse en este sitio Camacho, mandó á uno de sus frailes que diese dos pesos á cada granadero, pero le previno que no diese nada á los sargentos, queriendo vengarse de esta manera de algunos palos que le habian dado siendo soldado. No se admiraron poco los soldados de aquella desusada generosidad del prelado, y mas que todo de la inconcebible exclusion de sus gefes, creyéndola al fin efecto de la escentricidad del obispo. Este entró en Zaragoza con grande acompañamiento, y como era ya muy de noche se dirigió en derecha al palacio que le tenian dispuesto, y al otro dia fué á la catedral, donde acudió todo lo principal de la ciudad á recibir la bendicion apostólica y á admirar al prelado que celebró de pontifical en el altar de la Vfrgen del Pilar. Quince dias permaneció en la ciudad de Zaragoza, y en aquellos quince dias dió diversas disposiciones para mejorar la conducta de los canónigos y reformar el clero de la ciudad, todo esto con sus correspondientes multas, que era el alma y fin principal del negocio.

Desde Zaragoza se dirigió en derecha á Madrid con su comitiva, y al llegar á la corte salió á recibirle con grande acompañamiento el nuncio de Su Santidad. Presentó el supuesto arzobispo la bula y los despachos, y al recibirlos el nuncio los colocó respetuosamente sobre su cabeza, besó los sellos pontificios y lo llevó al palacio de la Nunciatura, donde lo tuvo regalado á mesa y mantel por espacio de un mes.

Cuidaban mucho los astutos frailes de que no fuese visitado por las personas de la corte, y asi es que siempre lo evitaban, fingiendo que se hallaba enfermo, que solo con ellos y á puertas cerradas hablaba, cuidando ellos de transmitir las preguntas y las respuestas que se hacian, y despachar las solicitudes que se le entregaban, manifestando que siendo el arzobispo griego no entendia una palabra en español, y que por su poca salud gustaba de estar solo y le molestaban las visitas. Recibió magníficos regalos por algunas dispensas que varios señores solicitaban, y ya bien repleto el tesoro de estos aventureros, determinaron salir de Madrid, lo que se verificó acompañándolos el nuncio de Su Santidad hasta mas de una legua.

(Se continuará.)

EL CONDE DE FABRAQUER.

## LAS ARDILLAS.

La ardilla brillante (*ptarmis nitidus*) se cria en la isla de Malasin, en Betán y Natarán, en Holanda. Su color en la parte superior del cuerpo es moreno oscuro y castaño, y en la inferior de un rojo brillante, siendo su cola casi negra. Se parece mucho á la grande ardilla ó ardilla grande volante. Se la clasifica en el segundo orden de la seccion de ardillas volantes (*sciuropteres*) y segun el zoólogo Isidoro Geoffroy, este género de mamíferos pertenece á la familia de las ardillas llamadas serradoras, y al orden de las roedoras y herbívoras, estas últimas porque se alimentan de todo.



La ardilla volante tiene la piel en los hijares muy dilatada y estendida entre las patas de adelante y de atrás, á manera de paracaida, lo cual le da gran facilidad, no para volar, pero sí para saltar una gran distancia, deslizándose á manera de gato montés.

El antiguo género de ardillas (*sciurus*) forma en la moderna clasificación una familia que señala con el nombre de serradoras pertenecientes al orden de roedoras, y á su sección de herbívoras claviculadas.

Por este sistema, las ardillas se clasifican en cuatro géneros: 1.º ardillas comunes; 2.º las *pteromys*; 3.º ardillas volantes ó *sciuropteres*, y 4.º las tamias ó ardillas de tierra.

Quedan, pues, clasificadas con propiedad las ciento cuatro clases de ardillas. Nosotros no hablaremos aquí mas que de la especie que hemos visto en los Alpes en la Suiza.

La ardilla, segun Mr. de Tschudi, es la señal de la proximidad á los montes. Así como el cuadrúpedo que habita en los bosques de los trópicos es vivaracho y ágil, este es menos atrevido que aquel y menos malo. La ardilla no se oculta en su nido mientras no la obliga un temporal insufrible ó un calor sofocante. Su diaria ocupacion es suspenderse de las ramas que se enlazan de un árbol con otro, ó dar saltos salvando distancias de mas de diez pies, pero si algun peligro la apura, entonces se deja caer al suelo desde la cúspide de los álamos que tienen mas de sesenta pies de altura, sin hacerse daño alguno, pues para evitarlo abren sus cuatro patas y extendiendo su cola horizontalmente, les sirve de paracaidas. Los sitios á los cuales dan mas preferencia son los valles y los bosques, llenos de maleza, de avellanos, ó las montañas en donde se multiplican las castañas pues les gustan con estremo las alturas. Construyen innumerables nidos con ramas secas, hojas y musgo, colocando estos á la parte contraria de donde viene el viento, cerrando la entrada todo lo mas que les es posible. Con la misma facilidad que trepan nadan, y únicamente se refugian en tierra cuando están heridas ó por efecto de grandes vientos, procurando ocultarse en cualquier agujero. Roen toda clase de sustancia leñosa por gruesa y dura que sea. Cuando las ardillas están enjauladas, si no se les dan nueces, avellanas ó cosa parecida, sus dientes crecen de tal manera que casi se alargan una pulgada, por manera que les impide el poder comer. Es su olfato tan sutil, que desde los robles mas altos huelen las criadillas que se crían inmediatamente á los pies de estos, ó las castañas acuáticas. Del mismo modo prefieren los hongos y las setas de mar. Es preciso decir que tienen un gusto especial en acosar con insistencia á los pájaros devorándolos así que los cogen. Sus enemigos son la marta que trepa con mas velocidad que ellas, el buho y las redes y trampas, y con el objeto de escapar del peligro no cesan de dar vueltas alrededor del tronco del árbol. Durante el rigor del invierno se quedan adormecidas en sus nidos por un cierto número de dias, luego salen de su letargo, pero si las nieves les impiden poder procurarse provisiones, se mueren de hambre. En el otoño la carne de la ardilla es sumamente gustosa.

La *pteromys alpinus* ó ardilla volante de las montañas (América del Norte) tiene cerca de nueve pulgadas inglesas desde la estremidad del hocico hasta el principio de la cola, es de un color moreno amarillento, y su cola es aplastada y mas larga que su cuerpo. En nuestro grabado se halla exactamente representada. Tiene bastante dilatada la mem-

brana que se estiende entre sus patas delanteras y traseras, sirviéndola de este modo para sostenerse con facilidad y saltar por el aire. Vive enmedio de los pinares mas espesos de las montañas, y no sale mas que á la media noche. Donde mas se encuentran es en la parte alta de la ribera del Elk, ó hácia la parte meridional del Mackenzu.

La marmota *arctomys* forma un género perteneciente al orden de roedores, distinguiéndose en él: la marmota común ó de los Alpes, la del Norte, marmota de Viageros ó de Siberi, la marmota del Canadá (*arctomys empetra*), la marmota de Maryland (*arctomys monax*), la *arctomys caligata*, comarca de Bristol, la marmota del Cáucaso, la marmota de Rusia y la marmota blanca (*albinus*).

El adormecimiento de la marmota en el invierno, no es precisamente un sueño, es una suspension mas ó menos completa de la circulacion de la sangre, y sus pulsaciones son tan suaves, ó mas bien dicho, tan débiles, que apenas se las percibe, su cuerpo está frio, y sus miembros tan endurecidos que parecen insensibles, su estómago no contiene absolutamente nada. Si se la espusiese al frio durante este período de inaccion, bien pronto se quedaria helada, porque como su respiracion es tan sumamente lenta, no puede prestar á sus pulmones el calor necesario para vivir. El profesor Mangili ha calculado que una marmota adormecida, lo mas que en seis meses respira son setenta mil veces, cuando en todo su vigor vital respiraria en dos dias setenta y dos mil veces. Los que tienen marmotas encerradas en una habitacion templada, ven que su vida de invierno no se diferencia en nada de la del verano. Generalmente se cree que están bastante flacas al volver de su letargo, pero esta opinion no parece que sea exacta. Un cazador de Grisons mató una por abril, la cual estaba tan gorda como en el otoño, á pesar de tener su estómago enteramente vacío. Las marmotas forman sus habitaciones en el verano en medio del césped que rodea las rocas ó los abismos. No tienen algunas veces mas que una para permanecer las dos épocas, pero generalmente prefieren pasar el buen tiempo en las mas altas praderas de cerca de 8,000 metros de circunferencia. Querer sorprender á la marmota en sus habitaciones de verano es tomarse un trabajo inútil porque cava mas de prisa que el hombre.

La persecucion de la marmota no deja de ofrecer peligros. En noviembre de 1852 dos genoveses, Carlos y su hijo se dedicaron á esta caza. A corta distancia de una mina, que por efecto de las ventiscas estaba arremolinada y helada la nieve, el padre se introdujo en la galería de una madriguera habitada, y se esforzaba en buscar un paso, porque la bóveda se habia desplomado sobre él. Su hijo se precipitó á socorrerle, mas un nuevo hundimiento los cubrió á ambos. El hijo murió asfixiado, y el padre permaneció por tres dias en este abismo, sin aire, sin luz y sin alimento. Cuando le sacaron de entre los escombros, apenas daba algunas señales de vida, dejando de existir á las pocas horas.

La *spermophile* listada de F. Cuvier ó marmota leopardo está rayada por ocho líneas, su color es amarillo rojizo pálido, mezclado por nueve líneas, color de chocolate, oscuras, mas largas y entrecortadas por los flancos, las otras cinco son manchadas de pintas descoloridas. Esta marmota se halla en América en las praderas abiertas en los alrededores de Caslton-House sobre el Saskatdhewan. Sus madrigueras tienen pequeñas entradas ó galerías trazadas en líneas tan



derechas que puede por ellas hacerse penetrar un baston cuyo largo sea 1.<sup>m</sup> 60 á 1.<sup>m</sup> 90. Es un animal activo, animoso é irritable, los machos combaten y pierden frecuentemen-

te su cola que generalmente es mas corta que la de las hembras. El habitante mas septentrional conocido de *spermophile* rayado, está á los alrededores de los 55 grados de



Roedores.

talitud. Prefieren los paises arenosos, y no se les encuentra ni en las rocas ni en los bosques, se les halla cerca del Missouri, ó en las llanuras que hay desde este rio á el

Arkansas, y se trabaja porque no vayan á los jardines y á las praderas arenosas contiguas pues los destruyen. M. GUZMAN.